

Supresión del ofertorio y creación de la presentación de las ofrendas mediante la reforma litúrgica

Abad Claude Bart^{he1}

La desaparición del ofertorio tradicional y su sustitución por una presentación de las ofrendas es, sin duda, uno de los elementos más destacados de la reforma de la misa llevada a cabo por Pablo VI. De este modo, ha desaparecido de la celebración de la misa todo un conjunto de oraciones con un marcado carácter sacrificial, que enmarcaban la ofrenda de los oblatos. Por supuesto, el hecho de que el canon romano, vector de la liturgia eucarística romana desde el siglo ^{IV}, se haya convertido en una de las oraciones eucarísticas opcionales ha supuesto una novedad aún más considerable. La supresión del ofertorio produce un notable debilitamiento de la explicación del significado del sacrificio eucarístico.

Dos preocupaciones fundamentales de los autores de la reforma les llevaron a ello:

- Su deseo de volver a un estado de la liturgia romana propio de la Antigüedad tardía, anterior al florecimiento de las oraciones privadas de tipo *apologético* o de otro tipo que proliferaron entre los siglos ^{VIII} y ^{XI} y se añadieron a las grandes oraciones sacerdotales (colectas, prefacio, canon), oraciones privadas de las que se componía precisamente el ofertorio.
- La preocupación, además, por recuperar una expresión doctrinal, también anterior a la de la Edad Media, esta última supuestamente endurecida por la teología tridentina. En este caso, se trataba de revertir una supuesta inflexión sacrificial de la celebración eucarística que se había producido tras la Antigüedad, y de la que el ofertorio era el rasgo más destacado.

Esta mentalidad de los reformadores correspondía, en igualdad de condiciones, en el ámbito de la *lex orandi*, a lo que Pío XII criticaba en la encíclica *Humani generis* de 1950: un «retorno a las fuentes» sistemático, volviendo a un estado de la teología anterior a la escolástica y a la sistematización dogmática. Pero este retroceso se llevaba a cabo con el objetivo de abandonar precisiones demasiado rigurosas en favor de formulaciones que parecían más flexibles. Algunos teólogos, decía Pío XII, descuidan las definiciones magisteriales tradicionales «con el objetivo muy concreto de hacer prevalecer una noción vaga». «La intención de algunos es [...] liberar el dogma de la formulación en uso en la Iglesia desde hace tanto tiempo y de las nociones filosóficas vigentes entre los doctores católicos, para hacer

¹ Conferencia pronunciada con motivo del XV coloquio del CIEL, en Roma, el 5 de febrero de 2026.

a la forma de expresarse de la Sagrada Escritura y de los Padres». Del mismo modo, en el ámbito del culto divino, se quería volver a un estado menos rigurosamente explícito de dogmas «duros», como la misa como sacrificio sacramental o el bautismo como liberación del poder del demonio.

1. El ofertorio, considerado un «duplicado» o «repetición» innecesaria del canon

Entre los liturgistas del Movimiento Litúrgico y de la reforma era común la afirmación del benedictino de Saint-André-les-Bruges, dom Jean-Thierry Mærtens (que había publicado el famoso *Misal de la asamblea cristiana* en 1964): el ofertorio «no era más que un duplicado del verdadero ofertorio que constituye la ofrenda del canon eucarístico ^{que 2}».

Este tema lo había planteado el principal impulsor del Movimiento Litúrgico en el mundo germánico, el jesuita Josef Andreas Jungmann (1889-1975), profesor en Innsbruck y autor de **Missarum Sollemnia: Explicación genética de la misa romá^{ne 3}**, una obra de gran erudición publicada en 1948. Según él, el ofertorio, que antes del siglo ^{VIII} se limitaba a una procesión del pueblo que traía las ofrendas, seguida de una oración sobre los oblatos reservados para el sacrificio, había sufrido posteriormente «graves alteraciones » por la incorporación de una serie de oraciones privadas del sacerdote y por la inclusión de explicaciones alegóricas destinadas a estimular la piedad del pueblo, que, según él, quedaba ahora al margen de la ceremonia (el agua mezclada con el vino, al igual que el pueblo lo está con la humanidad de Cristo). «Nos encontramos ante una anticipación de las ideas del canon; por lo tanto, en cierta medida, hay un doble empl ^{oi 4}».

Tema que luego se retomó constantemente, por ejemplo, por Dom Placide Bruylants (1913-1966), benedictino de la abadía de Mont-César en Lovaina, eminente especialista en las grandes oraciones sacerdotales del misal, quien consideraba que el ofertorio era un «duplicado» del canon. Dom Bruylants, por otra parte, no dudó en componer un ofertorio, de tipo, según él, «antiguo romano», con el que deseaba sustituir al ofertorio «carolingio» del misal tridenti , n.º ⁵.

2. «Une liturgie déchantée», entrevista con Bruno Roy, *Cahiers internationaux de théologie pratique*, Serie «documentos» n.º 10, 1999, p. 20.

3. *Missarum Solemnia: eine genetische Erklärung der römischen Messe*, Herder, 1948. Edición francesa: *Missarum Sollemnia. Explicación genética de la misa romana*, Aubier, tres volúmenes, 1952-1956.

4. *Missarum sollemnia, op. cit.*, t. 2, p. 378.

5. *Las oraciones del misal romano*, Lovaina, Abadía de Mont-César, 1952.

Louis Bouyer, comentando como tantos otros el tema de Jungmann y ampliándolo aún más a su manera polémica, hablaba, en relación con las oraciones del ofertorio, nada menos que de «distanciamiento respecto a la liturgia tradicional», e incluso de «descomposición». Explicaba que el sacerdote de la Alta Edad Media consideraba que no podía participar piadosamente en la liturgia eucarística «sin arrastrar consigo todo tipo de oraciones personales». Y añadía:

Evidentemente, estas se ajustaban mucho mejor a su propia devoción que el texto oficial, que se limitaba a recitar de forma meramente funcional. Se trata de las «apologías» y las oraciones afines. Tras multiplicarse como preludio de toda la misa, de la lectura del Evangelio y de la propia oración eucarística, acabarán invadiendo esta última, como una vegetación extraña. No dejará nada intacto de la antigua liturgia y ya no la considerará más que un soporte de una devoción privada que se inspira en otras fuentes , p. 6.

Este deseo de recuperar un rito romano «puro» parece hoy muy ingenuo. Jungmann y quienes le siguieron no ignoraban, por otra parte, que el equivalente a un ofertorio sacrificial existe en todas las liturgias católicas, tanto mozárabes como orientales , p. 7. Los términos «*offertorium*» y «*sacrificium*» son, por otra parte, intercambiables: el término «*ofertorio*», en efecto, en su sentido más estricto, es *sacrificio*, y el canon se presenta como un *ofertorio*, es decir, como una oblación sacrificial al Padre por medio del Hijo. En este todo que constituye el conjunto de la acción eucarística, las liturgias latinas y orientales —estas últimas, de manera muy marcada— siempre han considerado las ofrendas llevadas al santuario y expuestas sobre el altar como consagradas y ofrecidas en sacrificio por anticipado en el momento de la doble consagración .8.

En la liturgia mozárabe, el canto del *sacrificium* (que san Isidoro también denomina *offertorium*) corresponde al canto del ofertorio en la misa romana o en la misa ambrosiana, y al canto del *sonus* en la misa gálica , n.º 9. Y en todos los casos se trataba de una pieza cantada durante el transporte de las ofrendas al altar. *Tibi sacrificábo sacrificium*

6. Louis Bouyer, *Eucaristía. Teología de la oración eucarística*, Desclée, 1966 —reedición Cerf, 2009, pp. 364-365.

7. Joseph-André Jungmann: «Así como la liturgia romana tiene su ofertorio con la oración conclusiva *super oblata*, también otras liturgias tienen su prótesis [...] ampliamente desarrollada» («El canon romano y las otras formas de la gran oración eucarística», en *La Maison Dieu* n.º 87, 3.º trimestre de 1966, p. 67.

8. Véase Franck Quoëx, «Observaciones históricas y doctrinales sobre el ofertorio romano», en *Aspectos históricos y teológicos del misal romano*, actas del coloquio del CIEL, CIEL, Versailles, 1999.

9. Alfred Vacant, Eugène Mangenot, Émile Amann, *Diccionario de teología católica*, 1929, tomo 10.2, col. 2527-2528.

«*laudis, aleluya*, te ofreceré una hostia de alabanza, *aleluya*», canta el sacrificium mozárabe de una misa de mártir pontífice. Del mismo modo, el ofertorio romano siempre ha tenido un carácter de inmolación propiciatoria, tal y como se desprende del contenido de numerosas oraciones sobre las ofrendas en el *Sacramentario Leonino*, como esta: «Te suplicamos, Señor, que por estas ofrendas de un sacrificio insigne, nos concedas la remisión de nuestros pecados y nuestra santificación».

2. Las paraliturgias de las procesiones del ofertorio

En la época del Movimiento litúrgico, el retorno a un ofertorio antiguo se manifestó en las paraliturgias, cuyo auge, sobre todo tras la última guerra, preparó una concepción mucho más flexible de la ritualidad y acostumbró a los sacerdotes a ejercer en esta materia una creatividad personal, concretamente en este caso reinventando las procesiones de ofrendas destinadas a revivir las de las misas de la Antigüedad tardía.

La idea no era nueva. El jansenismo tardío del último tercio del siglo ^{XVII} y del siglo ^{XVIII}, en nombre de un retorno a las supuestas costumbres de la Iglesia primitiva, reclamaba un único altar por iglesia, la recitación del canon en voz alta, una cierta introducción de la lengua vulgar, etc., y también la readopción de las procesiones de ofrenda. Así, en Francia, un sacerdote jansenista bastante destacado, Jacques Jubé, párroco de Asnières (1674-1745), además de mantener un único altar en su iglesia, suprimir las estatuas de los santos y leer el *Canon* en voz alta, organizaba durante sus misas procesiones de ofrenda con pan y vino, frutas y verdura , p.¹⁰.

La tendencia al «retorno» al ritual antiguo se combinaba, incluso antes de la reforma litúrgica, con una búsqueda creativa para integrar el rito en el mundo actual. En el seno de los movimientos juveniles alemanes, belgas y franceses, en los congresos de la JOC o de la JAC, así como en algunas parroquias, se organizaban paraliturgias de ofrenda durante el ofertorio, pero también al comienzo de la misa.

Por ejemplo, quienes se disponían a comulgar llevaban en procesión su hostia hacia el sacerdote, que las recibía en el copón, mientras se entonaban cantos graduales en lengua vernácula o himnos compuestos *expresamente para la ocasión*. O bien, se ofrecía incienso, trigo, vino o la colecta. Parece que fue en Alemania donde se instauró la costumbre de depositar la hostia en el copón por parte de quienes

¹⁰. Véase Nicole Lemaitre, «Séductions jansénistes», en *Histoire des curés*, bajo la dirección de Nicole Lemaitre, Fayard, 2002, pp. 203-225.

iban a comulgar, así como las ofrendas solemnes de pan y vino. En Francia, por ejemplo, en la iglesia de Saint-Séverin de París, se celebraban procesiones con las ofrendas destinadas a los pobres al mismo tiempo que las hostias y el vino. En las «parroquias misioneras», donde celebraban los sacerdotes obreros, también se llevaban herramientas de trabajo. En los campamentos de scouts o en las colonias de vacaciones del P. Doncœur, sj —todo lo contrario de un «progresista»—, las procesiones eran muy ingeniosas: «Entrada de los niños en procesión llevando flores, sus pequeñas figuras de arena, sus manualidades; una vez, trajeron todo lo que se necesitaba para preparar la mesa del altar: manteles, cirios, misal; ofrecieron los panes del altar, las ampollas, etc . 11»

Las ideas de «recapitulación» de la creación, que transmitían los cánticos y comentarios que acompañaban a estas ceremonias, quizá se refirieran en algunos casos a la *Misa sobre el mundo* de Teilhard de Chardin (1928), pero, en general, eran la expresión de una perspectiva de reconsagración de un mundo alejado de Dios, que se quería

«reconquistar», un objetivo expresado a través de toda una gama de sensibilidades que iban desde el escultismo de tendencia *integral* hasta la Acción Católica Obrera.

El esquema preparatorio de la constitución conciliar sobre la liturgia, elaborado por la Comisión Litúrgica que se reunió a partir de 1959, mencionaba estas procesiones de ofrenda. Sin embargo, no se incorporaron como tales al nuevo misal, que no contempla la intervención de los fieles en ese momento ⁻¹². Pero tampoco las prohíbe, y se organizan numerosas procesiones de ofrendas, sobre todo en las misas papales. A menudo revisten aspectos folclóricos, e incluso cómicos. Así, en su día asistí en la iglesia del Borgo Santo Spirito, junto a la plaza de San Pedro, a una procesión en la que los participantes llevaban alegremente al cardenal presidente, al son de la guitarra, cestas de la compra con pan y vino, pero también aceite, lechuga e incluso unos buenos zapatos grandes.

3. El ofertorio en la constitución *Sacrosanctum Concilium*

Cuando comenzaron los trabajos preparatorios del Concilio Vaticano II, la Comisión Litúrgica estaba presidida por el prefecto de la Congregación de los Ritos, el cardenal Gaetano

¹¹. Anne-Marie Petitjean, *De l'offertoire à la préparation des dons. Genèse et histoire d'une réforme*, Aschendorff Verlag, Münster, 2016. p. 87.

¹². La rúbrica de apertura de la presentación de las ofrendas dice simplemente: «*Minister corporale, purificatorium et calicem super altare deponit, nisi iam initio Missæ ibidem sint posita*», sin mencionar ninguna intervención de los fieles.

Cicognani. El secretario era Annibale Bugnini. En ella participaban algunas de las figuras más importantes del Movimiento Litúrgico: Cipriano Vagaggini, Bernard Capelle, Bernard Botte, Antoine Chavassee, Pierre Jounel, Aimé-Georges Martimort, Josef Jungmann, Pierre-Marie Gy, op.

El texto preparatorio elaborado por la Comisión Litúrgica Preparatoria —el único que no sería rechazado por la asamblea conciliar— comprendía un prefacio y ocho capítulos, de los cuales el segundo, *De Sacrosancto eucharistæ mysterio*, está dedicado a la misa.¹³ Es realmente notable que la constitución final, **Sacrosanctum Concilium**, tras los debates en el aula conciliar, retomara íntegramente la estructura del esquema (fusionando dos capítulos), con los mismos títulos de los capítulos. El esquema recomendaba a los Padres conciliares que distinguieran claramente entre la liturgia de la palabra y la liturgia eucarística, lo cual se podría lograr separando claramente los lugares de cada una: una en la sede o en el ambón, y la otra en el altar. En cuanto a la liturgia eucarística, se deseaba, además de la supresión de los excesivos signos de la cruz, una nueva redacción de las oraciones del ofertorio y de la comunión, es decir, las oraciones denominadas comúnmente —y de forma impropia en algunos casos—

«apologías», añadidas, según decía el esquema, «cuando el rito romano pasó a la Galia». ¹⁴». El esquema preveía también, como ya he dicho, la participación del pueblo en el ofertorio mediante una procesión de ofrendas.

El 1 de febrero de 1962, el cardenal Gaetano Cicognani, tras muchas vacilaciones y con grandes inquietudes de conciencia, se había resignado a aprobar un esquema que consideraba profundamente reformista. Falleció cuatro días después, el 5 de febrero. Juan XXIII, que en materia litúrgica era todo lo contrario a un progresista, nombró el 22 de febrero —el mismo día de la publicación de la constitución **Veterum sapientia**, que ensalzaba los estudios latinos— como prefecto de la Congregación de los Ritos al cardenal español Arcadio Larraona, un jurista de línea conservadora, que se convertiría, de hecho, en presidente de la Comisión conciliar para la liturgia. Hizo todo lo posible por modificar el esquema preparatorio (en particular, eliminando la comunión en el cáliz para los laicos y limitando la concelebración). Y, sobre todo, apartó al P. Bugnini de la secretaría de la Comisión Litúrgica conciliar, sustituyéndolo por el P. Giuseppe Ferdinando Antonelli, un franciscano claramente más tradicional (que había sido ponente general de la Comisión *de Piana*, de la que el P. Annibale Bugnini era secretario,

¹³. Angelo Lameri, *La «Pontificia Commissio præparatoria Concilii Vaticani II»*. *Documenti, testi, verbale*, Edizioni Liturgiche, 2013 —evolución desde agosto de 1961 hasta enero de 1962, pp. 601-635, y exposición sintética de la redacción final, pp. 843-845.

¹⁴. Annibale Bugnini, *La reforma de la liturgia (1948-1975)*, Desclée de Brouwer, 2015, p. 363.

(de 1948 a 1960). Llegó incluso a retirar a Bugnini de toda actividad docente en las universidades romanas.

Pero el intento de Larraona no duraría mucho debido al estado de ánimo de la asamblea conciliar desde los primeros días. En cuanto a Bugnini, relegado al rango de experto, resultará aún más influyente y eficaz, antes de volver a tomar las riendas, en 1964, como secretario de la Comisión para la Aplicación de la Constitución sobre la Liturgia, ya que conocía a la perfección el esquema presentado para su examen por los Padres.

La Comisión conciliar centró su atención principalmente en el n.º 37 del esquema, que establecía que *el Ordo Missæ* debía ser revisado (*recognoscatur*). En el esquema, una extensa *declaratio* (nota explicativa) precisaba el sentido de esta *recognitio*, en la que se preveía, entre otras cosas, además de una procesión del ofertorio, la revisión de las oraciones «para que se correspondieran mejor con el sentido de la oblación de los dones que se iban a consagrar». Durante los debates conciliares, suprimir o hacer facultativas las oraciones del ofertorio, incluidos los versículos del salmo *Lavabo*, en beneficio de la única oración denominada «Secreta», era una perspectiva ampliamente compartida^{e 15}.

Sin embargo, el texto conciliar, reformulado en varias ocasiones por la Comisión conciliar, tal y como fue aprobado en la votación final, ya no entraba en esos detalles en lo que respecta al ofertorio. El

n.º 50 de *Sacrosanctum Concilium* se refería de manera general a la «revisión del ordinario de la misa», dejando amplia libertad para proceder a la reforma de la liturgia eucarística:

El ritual de la misa se revisará de tal manera que se manifiesten más claramente la función propia y la conexión mutua de cada una de sus partes, y que se facilite la participación piadosa y activa de los fieles. Asimismo, conservando fielmente la esencia de los ritos, se simplificarán; se omitirá lo que, a lo largo de los siglos, se ha duplicado o se ha añadido sin gran utilidad; se restablecerán, según la antigua norma de los santos Padres, ciertas cosas que han desaparecido bajo el paso del tiempo, en la medida en que ello resulte oportuno o necesario.

Se sabe que esta constitución fue el primer texto conciliar aprobado por la asamblea, durante la segunda sesión, el 4 de diciembre de 1963, por una mayoría abrumadora: 2147 votos a favor, frente a 4. Teniendo en cuenta hoy la importancia del rechazo a la reforma litúrgica, la ausencia casi total de votos en contra resulta muy sorprendente. Esto puede explicarse por el hecho de que

¹⁵. Véase Maurizio Barba, *La reforma conciliar del «Ordo Missæ»*. *El recorrido histórico-redaccional de los ritos de entrada, de ofrenda y de comunión*, Edizioni Liturgiche, nueva edición de 2008; por ejemplo, la intervención de Mons. Fleitas, p. 65, y la de Mons. Vielmo, p. 69.

que, durante el debate de la primera sesión, la minoría conciliar aún no se había organizado estructuralmente, ya que la creación del *Cætus internationalis Patrum* no se produjo hasta la primera intersesión. Además, en el momento de la votación, durante la segunda sesión, se centraba esencialmente en lo que iba a convertirse en la constitución *Lumen Gentium*, y especialmente en la doctrina de la colegialidad episcopal. Por otra parte, el texto de *Sacrosanctum Concilium* se mantenía fiel al esquema que habían aprobado, a pesar de sus reticencias, los cardenales conservadores Larraona y Cicognani. Por último, y lo más importante, el texto sometido a votación mantenía una formulación general, sin que en él se recogieran expresamente los cambios más importantes que iban a producirse —la supresión del ofertorio, la multiplicidad de oraciones eucarísticas—, aunque sí se dejaban abiertas las posibilidades para ello.

4. El estatus de las oraciones del ofertorio que la reforma litúrgica suprimió

La importancia de la supresión de las oraciones del ofertorio no se puso de manifiesto hasta más tarde, cuando comenzaron las críticas contra el nuevo misal de 1969. El anuncio de esta supresión en el esquema preparatorio no había suscitado ninguna reacción, a diferencia de lo que ocurrió con la introducción de las lenguas vernáculas. Los trabajos de la Comisión de Reforma, a partir de 1964, ponen de manifiesto que esta supresión parecía algo evidente, que nadie cuestionaba. Salvo en el caso de una de estas oraciones, el «*Orate fratres*» del celebrante y la respuesta «*Suscipiat*», ya que, debido a la generalización de la participación activa de los fieles mediante sus respuestas al sacerdote a lo largo de toda la misa, se había convertido en el signo tangible de su participación en el ofertorio.

Se trataba de seis oraciones («*Suscipe, sancte Pater*»; «*Deus, qui humanæ substantiæ*»; «*Offerimus tibi calicem salutaris*»; «*In spiritu humilitatis*»; «*Veni, sanctificator*»; «*Suscipe, sancta Trinitas*»), habiéndose conservado el «*Orate fratres*», al menos en latín, oraciones a las que hay que añadir las de la incensación: «*Per intercessionem beati Michaelis Archangeli*»; «*Incensum istud*»; «*Dirigatur Domine, oratio mea*»; «*Accendat in nobis*».

Estas oraciones forman parte de aquellas cuyos manuscritos nos dan testimonio a partir del siglo ^{VII} y que florecieron hasta el siglo ^{XI}. Se pueden calificar de «oraciones privadas» que se suman a las grandes oraciones sacerdotales (colectas, prefacio, oraciones fijas del canon, Padrenuestro) y que responden a diversos fines. A algunas de estas oraciones litúrgicas, que recuerdan el tono penitencial de las *Confesiones* de san Agustín, se les ha dado el nombre de «*apologías*», o «*apologiæ sacerdotis*», o «*excusationes ante altare*», o incluso

confessiones peccatoris. A menudo sustituyen el «nosotros», propio de *las oraciones sacerdotales*, por el «yo» del celebrante, que habla en su propio nombre.

De origen y contenido muy diversos, han llegado a alcanzar el rango de las grandes oraciones y a ocupar el lugar de las colectas; y, a la inversa, ha ocurrido que algunas colectas se hayan utilizado como oraciones secundarias. Las que nos interesan se recitan antes de la oración eucarística para prepararse para la acción sagrada por excelencia, en esa parte de la celebración que, desde el siglo ^{XVIII}, se denomina «ofertorio».

Forman parte, en cierta medida, del fenómeno de la glosa: un proceso de explicación y ampliación de los gestos sagrados y de las grandes oraciones de la misa, mediante oraciones que podríamos calificar, en general, de meditativas. En este caso, glosan el sacrificio que se va a desarrollar durante el canon. Así, en el momento de la ofrenda del pan: *Suscipe sancte Pater...*, «Recibe, Padre Santo...», con matices de *excusatio* («yo, tu indigno siervo»). En el momento de la ofrenda del vino: *Offerimus tibi calicem...*, «Te ofrecemos el cáliz...».

El «*Deus qui humanæ substantiæ...*», que sirve para explicar el gesto de verter agua en el cáliz, era en origen una colecta de las festividades navideñas del *Leonino*, a la que se añadió la frase «por el misterio del agua y del vino» para que la oración se correspondiera con el gesto. El *Suscipe sancta Trinitas*, que concluye el ofertorio, se considera una *apología* típica.

Robert Cabié ha presentado en una sinopsis, en cuatro columnas, las oraciones del ofertorio tal y como aparecían en los cuatro misales de tipo romano que conservó la reforma del siglo ^{XVI}, a saber: el misal romano propiamente dicho y los misales de Lyon, cartujo y dominicano, n.º ¹⁶. Más o menos extensas, tienen una inspiración idéntica, ya que todas ellas proceden manifiestamente de fuentes idénticas o entrecruzadas. En otro misal, el milanés, la oración «*Suscipe sancta Trinitas*» es más amplia, con variantes según los tiempos y las fiestas, y va seguida del *Credo*, como en la liturgia de San Juan Crisóstomo.

Se podrían establecer ciertas similitudes entre el fenómeno de las oraciones que acompañan a los gestos o amplían ciertas partes de la misa y el de las creaciones poéticas y musicales intercaladas (los tropos) entre el *Kyrie*, las frases del *Gloria* y del *Sanctus*. ¿Qué hacían también estas oraciones «privadas» del ofertorio, sino adornar las oraciones y los actos rituales, en particular los de la entrada en el *Sacrificium*, explicándolos?

Sin embargo, resulta difícil determinar cuándo se fijó la secuencia de oraciones del ofertorio romano tal y como aparece en el misal tridentino. Se encuentra en *la Editio princeps* de 1474 del *Ordo Missalis secundum consuetudinem Romanæ curiæ*, primer misal romano

¹⁶. *L'Église en prières*, nueva edición dirigida por Robert Cabié, Desclée, 1983, t. 2, pp. 176-179.

impreso por el impresor Zarott ^{o17}. En cambio, el *Vetus Missale Romanum monasticum lateranens* ^{e18}, editado por Azevedo en el siglo ^{xviii}, probablemente procedente de Italia central y que data de alrededor de 1230, las omite —o, mejor dicho, el texto conservado no contiene las oraciones del ofertorio (mientras que sí incluye las oraciones previas a la comunión del sacerdote, el «*Placeat*», pero no las oraciones de preparación al pie del altar, ni el «*munda cor meum*»). Sin embargo, en la misma época, Inocencio III y Durando de Mende las conocen en sus comentarios alegóricos, pero solo las mencionan de forma implícita, centrándose en comentar extensamente los gestos del ofertorio que acompañan (mientras que comentan extensamente las oraciones del ca o no) ¹⁹.

Cabe plantear la hipótesis de que estas oraciones, que datan en su mayoría de la Alta Edad Media y que celebran con un tono muy sacrificial a los oblatos que van a ser consagrados, adquirieron su pleno estatus en el período pretridentino.

5. La transformación del ofertorio en preparación de las ofrendas por parte de la Comisión de Reforma

La Comisión para la Aplicación de la Constitución sobre la Liturgia fue constituida por Pablo VI el 25 de enero de 1964, con el cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, como presidente, y monseñor Annibale Bugnini como secretario, quien volvía así a ponerse al frente de la reforma. El grupo 10 del Consilium era el encargado del nuevo *Ordo Missæ* y, por ello, asumía un papel de liderazgo dentro de la Comisión.

En el primer esbozo de la «misa normativa» («normativa» porque debía servir de norma para las distintas celebraciones), el ofertorio comenzaba con el lavatorio de manos del celebrante (que se suponía que había recibido las ofrendas de los fieles como en la Antigüedad). A continuación, las ofrendas se depositaban sobre el altar con una breve fórmula: «Así como este pan, disperso, recogido se convierte en un solo pan, así también tu Iglesia se reúne en tu Reino ^{e20}».

¹⁷. *Missalis Romanis Editio Princeps, Reimpressio vaticani exemplaris*, reproducido por Edizioni Liturgiche, Roma, 1996.

¹⁸. *Vetus missale romanum monasticum lateranense. Archivii Basilicae Lateranensis, Codex A65 (olim 65)*, Libreria Editrice Vaticana, 2002.

¹⁹. Lotario de Segni (Inocencio III), *De sacro Altaris Mysterior*, PL 217, 775-916 —traducción al italiano: *Il sacrosanto Misterio dell'Altare*, editado por Stanislao Fioramonti, Libreria Editorial Vaticana, 2002—; Durand de Mende, traducción del libro IV, «De la misa», en: *El sentido espiritual de la liturgia*, presentado por Claude Barthe, traducido por Dominique Millet-Gérard, Ad Solem, 2003.

²⁰. Annibale Bugnini, *La reforma de la liturgia, op. cit.*, p. 368.

El 24 de octubre de 1967 se llevó a cabo el ensayo de una «misa normativa» en la Capilla Sixtina, en presencia de los obispos de la asamblea del Sínodo. Annibale Bugnini celebró en italiano una misa que se suponía que era una misa dominical en una parroquia, con seminaristas que formaban la schola y se encargaban del servicio del altar. A. Bugnini admite que el éxito fue muy moderado entre los Padres del Sínodo. Entre las observaciones recabadas mediante una votación figuraba la siguiente: «El ofertorio parece pobre: que se conserven las oraciones y los ritos ya en uso, especialmente la infusión de agua en el vino con la oración que la acompaña²¹».

Ya no se hablaba de «ofertorio», sino de «preparación de las ofrendas». A Pablo VI se debe la reintroducción de la palabra «*offerim*», tanto en la presentación del pan como en la del vino (la traducción francesa corregirá a Pablo VI al traducirlo por: «presentamos»), así como de la oración «*Orate fratres*» y del responsorio «*Suscipiat*», que le gustaban mucho, pero que la traducción francesa suprimió hasta una reciente corrección. Por otra parte, a él le hubiera gustado que las palabras se dijieran en voz alta, algo a lo que se resistía la mayoría de los expertos en su intento por restablecer una presentación silenciosa, supuestamente la de la misa anti^{que22}: se llegó a un compromiso por el que las palabras se pronunciarían en voz baja si hubiera un canto de ofrenda, y en voz alta en caso contrario. Para fomentar la participación de los fieles, algo a lo que Pablo VI concedía gran importancia en este momento (era partidario de las procesiones de ofrenda), se introdujeron también aclamaciones del pueblo cuando las palabras de la presentación se recitaran en voz alta.

La historia concreta de la elaboración de las palabras de la presentación de las ofrendas sigue siendo difícil de reconstruir. Habría que mencionar no solo a Louis Bouyer, sino también a dom Gregory Dix y a Louis Ligier. Se optó por oraciones inspiradas en el judaísmo. Louis Bouyer, cuyas ideas tenían gran peso ante Pablo VI, se adhería a la opinión generalizada de la época según la cual la liturgia cristiana procedía en gran medida de la liturgia de la sinagoga (en sentido amplio: culto en la sinagoga y en las casas) a la que asistían los primeros cristianos, liturgia sinagoga tal y como se concebía entonces, es decir, una liturgia que habría sido practicada de forma idéntica por todas las comunidades judías, desde la época de Cristo hasta la Alta Edad Media. Estas tesis, que suponían ingenuamente una oración judía universal e inmutable durante ocho o nueve siglos, han sido desde entonces seriamente cuestionadas. De hecho, se desconocen las liturgias judías de los tres primeros siglos, que sin duda fueron tan diversas y cambiantes como las liturgias cristianas. Según Louis Bouyer, sin embargo, no cabía duda de que la

²¹. Annibale Bugnini, *La reforma de la liturgia*, op. cit., p. 379.

²². Véase Niels Krogh Rasmussen, «La presentación del pan y del vino», en *La Maison Dieu* n.º 100, p. 52: «En la misa normativa presentada [...] el 24 de octubre de 1967, el *Consilium* había propuesto que las fórmulas que acompañaban a la *depositio donorum* no fueran obligatorias, sino solo *pro opportunitate dicendae*».

La Cena del Señor había comenzado como una comida festiva judía precedida de estas *berakhot* (bendiciones que se recitan antes de cumplir una prescripción legal), tal y como se relatan hacia los siglos ^X y ^{XI}: una *berakha* pronunciada sobre la primera copa de vino: «Bendito seas, Señor, nuestro Dios, Rey de los siglos, que nos das este fruto de la vid», y una *berakha* sobre el pan partido: «Bendito seas, Señor, nuestro Dios, Rey de los siglos, que haces que la tierra produzca este pan »²³. A pesar de todo, al igual que Jungmann, Bouyer habría preferido una presentación de las ofrendas en silencio, concluida con la oración secreta.

Por lo tanto, resultaba tentador hacer que la eucaristía del siglo ^{XX} comenzara, tal y como se suponía que había comenzado la Última Cena, lo que de inmediato confería a la misa un aire de judaísmo. Los expertos franceses, miembros del CNPL (Centro Nacional de Pastoral Litúrgica), estaban aquí en primera línea. Fue Pierre Jounel quien redactó un primer borrador: «Recibe, Padre santo, este pan, fruto del trabajo de nuestras manos, que te ofrecemos para que se convierta en el cuerpo de tu Hijo unido a ^{que}²⁴. » La intervención de Pablo VI, que quería que se mencionara el trabajo humano, había tenido un gran peso. A Joseph Gelineau se le debe la formulación: «Bendito seas, Dios del universo, tú que nos das este pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres, que se convierta para nosotros en el pan de la vida».

Joseph-André Jungmann, ante el resultado, ironizaba sobre el amateurismo de los ^{francés}^{s25}. En cuanto a Louis Bouyer, posteriormente, a medida que fuera percibiendo el escaso valor de la reforma y se alejara de sus instancias, para gran disgusto de Pablo VI, sus críticas se volverían cada vez más mordaces. Exasperado por la alusión al «trabajo de los hombres», y atribuyendo la redacción final de la presentación de las ofrendas al abad Jacques Cellier, director del CNPL, escribirá con rabia en sus *Memorias*: «Lo peor fue un ofertorio inverosímil, al estilo de la Acción Católica sentimental y obrerista, obra del abad Cellier, quien manipuló con argumentos a su alcance al despreciable Bugnini »²⁶. Independientemente de las responsabilidades respectivas, así fue como los expertos del *Consilium* eliminaron el ofertorio romano, pieza que, sin embargo, se había convertido en esencial para la explicación del *sacrificium missæ*.

Juan Pablo II manifestó públicamente su pesar al respecto: «En el misal romano llamado de San Pío V, al igual que en varias liturgias orientales, figuran oraciones muy bellas mediante las cuales
el

²³. Louis Bouyer, *Eucaristía, teología y espiritualidad de la oración eucarística*, Desclée, 1966, pp. 82-83.

²⁴. Annibale Bugnini, *La reforma de la liturgia*, *op. cit.*, p. 390, nota 542.

²⁵. Anne-Marie Petitjean, «*Del ofertorio a la preparación de las ofrendas*», *op. cit.*, p. 376, nota 173.

²⁶. *Op. cit.*, p. 199. Ya había escrito en 1970, en el artículo de **France catholique** del 27 de marzo de 1970, ya citado: «¿Qué decir entonces de las fórmulas introducidas, en las que lo “falsamente antiguo” y una “modernidad” que evoca la espiritualidad denominada “de Acción Católica” de los años treinta forman una alianza que pronto parecerá —y que ya parece— increíblemente “anticuada”?»

«El sacerdote expresa su más profundo sentimiento de humildad y respeto ante los santos misterios; estas revelan la esencia misma de toda liturgia . ²⁷».

6. Las nuevas oraciones de la presentación de las ofrendas

Así se llega al siguiente texto, tal y como aparece en el misal francés:

- Cuando el sacerdote eleva la patena: «Bendito seas, Dios del universo, tú que nos das este pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres; te lo ofrecemos: se convertirá en el pan de la vida »²⁸ (en lugar de, en el misal tridentino: «Recibe, Padre santo, Dios eterno y todopoderoso, esta hostia inmaculada, que yo, tu siervo indigno, te ofrezco a ti, mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, por todos los que me rodean y por todos los fieles cristianos, vivos y muertos, para que sirva a mi salvación y a la de ellos para la vida eterna»).
- Al verter un poco de agua en el cáliz: «Así como esta agua se mezcla con el vino para el sacramento de la Alianza, que podamos estar unidos a la divinidad de Aquel que asumió nuestra humanidad »²⁹ (en lugar de la oración del *Sacramentario Leonino* que figura en este lugar en el misal tridentino: «Dios, que has fundado admirablemente la dignidad de la naturaleza humana y la has reformado aún más admirablemente, concédenos, por este misterio del agua mezclada con el vino, participar de la divinidad de Aquel que se dignó asumir nuestra humanidad, Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor...»).
- Cuando eleva el cáliz: «Bendito seas, Dios del universo, tú que nos das este vino, fruto de la vid y del trabajo de los hombres; te lo ofrecemos: se convertirá en el vino del Reino eterno» .³⁰ (en lugar de: «Te ofrecemos, Señor, el cáliz salvador, y suplicamos a tu bondad que se eleve como aroma agradable ante tu majestad divina, para nuestra salvación y la del mundo entero»).
- A continuación, inclinándose: «Humildes y pobres, te suplicamos, Señor, acógenos: que nuestro sacrificio, en este día, encuentre gracia ante ti» (en lugar de la antigua oración,

²⁷. Discurso a la sesión *plenaria* de la Congregación para el Culto Divino, 21 de septiembre de 2001.

²⁸. En el misal latino: *Benedictus es, Domine, Deus universi, quia de tua largitate accepimus panem, quem tibi offerimus, fructum terræ et operis manuum hominum: ex quo nobis fiet panis vitæ.*

²⁹. *Por este misterio del agua y del vino, seamos hechos partícipes de su divinidad, él que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad.*

³⁰. *Benedictus es, Domine, Deus universi, quia de tua largitate accepimus vinum, quod tibi offerimus, fructum vitis et operis manuum hominum, ex quo nobis fiet potus spiritualis.*

conservada en el nuevo misal latino: «Mira la humildad de nuestras almas y el arrepentimiento de nuestros corazones: acéptanos, Señor, y que nuestro sacrificio se cumpla hoy ante ti de tal manera que te sea agradable») ³¹

- El incienso de las ofrendas es facultativo: «Si lo considera oportuno —dice la rúbrica—, el sacerdote incienso las ofrendas del altar; a continuación, el diácono o el ministro puede incensar al sacerdote y al pueblo».
- Al lavarse las manos, el celebrante dice únicamente: «Lávame de mis faltas, Señor, purifícame de mi pec ^{hé32}».
- Y, para terminar, el «*Orate fratre* » (^{s. 33}), cuya traducción al francés, vigente durante mucho tiempo, resultaba sorprendentemente reduccionista: «Oremos juntos, en el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia», con la respuesta del pueblo: «Por la gloria de Dios y la salvación del mundo». » Versión corregida en la nueva traducción del Misal Romano, basada en el **Missale Romanum editio typica tertia** de 2002 (que entró en vigor el 28 de noviembre de 2021): «Orad, hermanos y hermanas: que mi sacrificio, que es también el vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso», con la respuesta del pueblo: «Que el Señor acepte de vuestras manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, por nuestro bien y el de toda la Iglesia».

En una liturgia nueva, en la que las opciones son innumerables para la casi totalidad de las oraciones y textos, incluida la plegaria eucarística (ya no un único canon, sino catorce plegarias eucarísticas principales entre las que elegir), las oraciones de la presentación de las ofrendas, que sustituyen a las del ofertorio, tienen la sorprendente particularidad de que su recitación es obligatoria. La única opción que se le deja al celebrante es si pronunciarlas en voz alta o en voz baja.

Esta particularidad bastante extraña se debe quizá a que los reformadores hubieran querido que la presentación de las ofrendas y su depósito en el altar se realizaran sin pronunciar ninguna palabra. Como he señalado anteriormente, las palabras finalmente elegidas, más o menos inspiradas en

oraciones judías, son en

³¹. *Que seas tú, Señor, quien nos acoja con espíritu de humildad y con corazón contrito; y que así sea hoy nuestro sacrificio ante ti, para que te sea agradable, Señor Dios.*

³². *Lávame, Señor, de mi iniquidad, y purifícame de mi pecado.*

³³. *Orad, hermanos, para que mi sacrificio y el vuestro sean aceptables ante Dios Padre todopoderoso: que el Señor reciba el sacrificio de vuestras manos para alabanza y gloria de su nombre, y también para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.*

toleradas en cierta medida para responder a las observaciones de los obispos en 1967 y a los deseos de Pablo

VI. Paradójicamente, este elemento de la reforma era considerado por los propios reformadores como un mal menor provisional. Así, Louis Bouyer protestaba:

Por lo tanto, se trata indiscutiblemente ni de un «progreso», ni tampoco de un retorno a la práctica primitiva, sino bien de una regresión catastrófica a lo más desviado de las prácticas de la Baja Edad Media, y de una acentuación de sus errores al haber permitido recitar fórmulas en voz alta en ese lugar , t. ³⁴.

Sin embargo, lo esencial ya estaba hecho: la supresión de las antiguas oraciones. Su sustitución por nuevas oraciones muy pobres no hacía más que subrayar el déficit de significado causado por la supresión de las antiguas.

Concluiré mi exposición con algunas reflexiones de carácter reformista. Bajo el pontificado del papa Benedicto XVI, siendo el cardenal Cañizares prefecto de la Congregación para el Culto Divino, un comité de estudio muy discreto se reunía regularmente bajo la presidencia de monseñor Malcom Ranjith, secretario de la Congregación. Este comité examinaba, para someterlos a la Congregación, diversos puntos del proceso denominado «reforma de la reforma», es decir, la puesta en marcha de una evolución progresiva de la reforma litúrgica de Pablo VI para conducirla hacia la liturgia tradición^e ³⁵, proceso que, como es sabido, nunca llegó a ponerse en marcha. Este comité examinó, en particular, con actitud favorable la posibilidad de que, en las misas celebradas según la reforma de Pablo VI, se recitaran *ad libitum* las oraciones tradicionales del ofertorio en lugar de las nuevas, especialmente cuando el celebrante optara por recitar la *Prex eucharistica I*, que retoma casi íntegramente el canon romano. Esta solución de *transición* hacia el restablecimiento de la normatividad de la misa tradicional podrá ser examinada por el futuro *Consilium ad Liturgiam Tridentinam restituendam*, que tanto deseo que se cree.

³⁴. «El nuevo *Ordo missæ*: ¿una reforma concluida o iniciada?», *France catholique* del 27 de marzo de 1970.

³⁵. Véase mi obra: *La Messe à l'endroit*, L'Homme nouveau, colección Hora Decima, 2010. Recientemente, monseñor Athanasius Schneider ha retomado este tema: el nuevo Ordo no puede subsistir tal y como está ([Advertencia del obispo Schneider: «El Novus Ordo no puede permanecer tal y como está»](#), *Life Site*, programa de John-Henry Westen, 13 de enero de 2026).